

## SIN HACER ALARDE NI AGRANDARSE

Amoris Laetitia. Cap. IV (97-98)

Pedro Manuel López Romero

Los números 97 y 98 de Amoris Laetitia llevan como título del subcapítulo que ocupan “*Sin hacer alarde ni agrandarse*” y se corresponde con la expresión de 1ª Cor. 13: “*No hace alarde, no es arrogante*”. Ambas expresiones tienen un significado similar aunque con las propias particularidades que iremos viendo.

Sin hacer alarde y no hace alarde son expresiones tan parecidas que podemos identificar y vienen a significar: quien hace alarde es que está presumiendo de algo o hace ostentación y gala de una cualidad o circunstancia, mientras que quien es arrogante es definido en nuestra lengua como: Altanero o soberbio, lo que el Papa lo eleva a una categoría mayor al cambiar el término arrogante por agrandarse. Pues agrandar es “Hacer más grande algo”, que al unirse al término reflexivo “se”, nos está indicando que esa persona se está haciendo más grande de lo que es, se agranda en algo, sobre todo, en su propio ego.

Estos significados encajan perfectamente con el título y el inicio que da al número 97 el Papa afirmando: “*Sigue el término perpereuotai, que indica la vanagloria, el ansia de mostrarse como superior para impresionar a otros con una actitud pedante y algo agresiva*”.

Aquí nos está mostrando el Papa otra enfermedad del amor. Veíamos en el pasado subcapítulo la enfermedad de la envidia y hoy nos pone este alarde de sí mismo, esta soberbia pertinaz, este ego en forma de pavo real con las plumas desplegadas, contrario a la manifestación del amor de Dios que se nos configura en Jesucristo. Porque de Jesús de Nazaret nos dice San Pablo: “El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de Cruz” (Ef. 2,6-8).

Jesús no hace un alarde con actitud pedante y algo agresiva; es todo lo contrario. Claro que también ello es normal, porque la pedantería es una enfermedad del amor y Jesús de Nazaret es Dios mismo y Dios es amor: no es solo que ama, es que **es** el mismo amor puesto de manifiesto a los hombres. “Yo y el Padre somos uno”. (Jn 10,30)

Lo que estamos diciendo me recuerda una enfermedad relacionada con ésta y que daña gravemente a los matrimonios. De hecho, en los últimos años se han dictado muchas sentencias de nulidad por su causa. Me refiero al narcisismo. La nulidad se produce por incapacidad de asumir por parte del narcisista las obligaciones esenciales del matrimonio, haciendo imposible la formación de una comunidad de vida amor, ya que el narcisista tiene como característica más acusada la excesiva complacencia en la consideración de las propias facultades u obras. Son sinónimos del narcisismo: presunción, egolatría, vanidad, entre otros.

El narcisismo es antagónico con el amor, que como decía la Santa Teresa de Calcuta “el verdadero amor hace sufrir”, por eso decimos que es antagónico con el amor, porque si éste conlleva algún sufrimiento, el narcisismo solo busca la egolatría y la vanidad, haciendo imposible el amor. Solo es posible la formación de una comunidad de vida y amor, cuando los dos se entregan y reciben recíprocamente. La propia exhortación que comentamos nos lo dice: *“Quien ama, no sólo evita hablar demasiado de sí mismo, sino que además, porque está centrado en los demás, sabe ubicarse en su lugar sin pretender ser el centro”*.

Estando utilizadas como dos expresiones distintas el alarde y la arrogancia en el texto bíblico, el Papa las une en este subcapítulo y nos lo explica en los siguientes términos: *“La palabra siguiente —physioutai— es muy semejante, porque indica que el amor no es arrogante. Literalmente expresa que no se «agrandan» ante los demás, e indica algo más sutil. No es sólo una obsesión por mostrar las propias cualidades, sino que además se pierde el sentido de la realidad”*.

Esta enfermedad puede ser del espíritu o del psiquismo, pero siempre contraria a la humildad, donde quien la sufre resiste a reconocerse pecador porque ello supone humillarse, cuando la realidad de la vida es que todos somos pecadores. Quien lo niega está haciendo mentiroso a Dios, que ha afirmado por medio de San Juan “Si decimos: «No hemos pecado», le hacemos mentiroso y su Palabra no está en nosotros” (I Jn. 1,10); y en el Evangelio de San Juan podemos leer: “Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra». Quien no ve el amor porque lo tiene enfermo de alarde y arrogancia, vive como la pescadilla que se muerde la cola, en un círculo del que le es difícil salir. Al no reconocer la verdad de su ser pecador, tampoco se puede encontrar con el perdón y ello le aleja del amor, pues a “quien poco se le perdona poco amor muestra” (Jn. 8,47).

Quien así actúa se alejará cada vez más del amor tratándose de llenar el deseo de ser amado agrandándose, haciendo plena realidad lo que continúa diciendo el Papa: *“Se considera más grande de lo que es, porque se cree más «espiritual» o «sabio». Pablo usa este verbo otras veces, por ejemplo, para decir que «la ciencia hincha, el amor en cambio edifica» (1 Co 8,1)”*.

El deseo de curar esta enfermedad que mata el amor y la avidez más genuina de la persona, el amar y ser amado, hace que el Papa nos lo muestre con una plasticidad tal que facilita su entendimiento y por ello remacha, apoyado en San Pablo: *“Es decir, algunos se creen grandes porque saben más que los demás, y se dedican a exigirles y a controlarlos, cuando en realidad lo que nos hace grandes es el amor que comprende, cuida, protege al débil. En otro versículo también lo aplica para criticar a los que se «agrandan» (cf. 1 Co. 4,18), pero en realidad tienen más palabrería que verdadero «poder» del Espíritu (cf. 1 Co 4,19)”*.

Cuando nos encontramos en esa pescadilla que se muerde la cola, estamos imposibilitados para ver el amor, no es suficiente que nos quieran, porque nuestro

agrandamiento y palabrería impide que identifiquemos el amor y reconozcamos a los que nos aman. Siempre que buscamos el amor, sin amar, nos encontramos el vacío. Para reconocer el amor es necesario amar antes. Cuando tu amor está enfermo, al amor de los demás le devuelves una exigencia. El amor es donación gratuita, su ausencia, una exigencia costosa.

Pero tanto el diagnóstico como la curación de las enfermedades del amor tienen una escuela primordial, un lugar donde ser tratados: la familia; siendo conscientes, los que tienen sano el amor, de las enfermedades del mismo y sus consecuencias, como también de los tratamientos necesarios. Por ello el Papa inicia el número 98 con las siguientes palabras: *“Es importante que los cristianos vivan esto en su modo de tratar a los familiares poco formados en la fe, frágiles o menos firmes en sus convicciones. A veces ocurre lo contrario: los supuestamente más adelantados dentro de su familia, se vuelven arrogantes e insoportables. La actitud de humildad aparece aquí como algo que es parte del amor, porque para poder comprender, disculpar o servir a los demás de corazón, es indispensable sanar el orgullo y cultivar la humildad”*.

Para aprender a ponerlo en práctica en la familia, nada mejor que ver cómo el propio Amor, Dios, por medio de Jesucristo, llevó a su familia a vivirlo; y escuchar los consejos que daba a sus discípulos, la familia con la que convivió y a la que instruyó para que fuera germen de la familia mayor, la Iglesia. La Exhortación nos muestra las enseñanzas de Jesucristo, cuando dice: *“Jesús recordaba a sus discípulos que en el mundo del poder cada uno trata de dominar a otro, y por eso les dice: «No ha de ser así entre vosotros» (Mt 20,26). La lógica del amor cristiano no es la de quien se siente más que otros y necesita hacerles sentir su poder, sino que «el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mt 20,27)”*.

Lo contrario, esto es, ser el primero, tener siempre razón, ser considerado por los demás, vivir en el alarde o en el agrandarse, no solo se sale de la lógica del amor; además, destruye el amor y, por tanto, la familia. Estamos ante una enfermedad y las enfermedades pueden ser curadas; aunque hay enfermedades que son de muerte, sobre todo ante la falta del cuidado adecuado. El mismo Jesucristo dice: *“esta enfermedad no es de muerte” (Jn. 11,4)*, luego, a *sensu* contrario, hay otras enfermedades que son de muerte y en este caso la muerte es del amor y con el amor morimos nosotros. Conocedor de esto el Papa nos lo advierte diciendo: *“En la vida familiar no puede reinar la lógica del dominio de unos sobre otros, o la competición para ver quién es más inteligente o poderoso, porque esa lógica acaba con el amor”*. Este poner fin al amor es matarlo.

Termina el Papa este número de la Exhortación dándonos la medicina para curar la enfermedad que enuncia en el título: *“Sin hacer alarde ni agrandarse”*; y lo hace con las siguientes palabras: *“También para la familia es este consejo: «Tened sentimientos de humildad unos con otros, porque Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes» (1 P 5,5)”*.

De este final y de todo lo dicho a lo largo de esta exposición podemos concluir que el antídoto que cura, que erradica estas enfermedades asesinas del amor lo encontramos en la virtud de la humildad. Para aprender a vivir esta virtud hemos de mirar a Jesucristo en la Cruz. Él, que es Dios, se ha dejado despojar, no ya de la categoría de Dios, sino de cualquier dignidad humana. Está desnudo, azotado, con una corona de espinas y clavado en una cruz, donde solo podían estar los que carecían de la dignidad de ser ciudadano romano.

Podemos preguntarnos cada uno de nosotros, ¿es que tengo que quedar desnudo y clavarme en una cruz? Podríamos casi asegurar que no de ese modo, pero Dios nos ha creado para vivir amando; y, para enseñarnos a amar, ha puesto en todas las familias a un matrimonio, con una persona al lado de otra, los cónyuges, que son distintos, uno es mujer y el otro hombre, venidos de distintas familias, con gustos, deseos, costumbres, etc. distintas, hasta el punto de que son la cruz el uno para el otro, porque sus modos de ser les relativizan, les ponen en cuestión todo aquello de lo que se muestran más seguros.

Pues ante la cruz de tu cónyuge o de la enfermedad o de un hijo rebelde, etc., tienes dos caminos: o bien humillarte y amarlo como es o bien “tener razón” y dar un puñetazo en la mesa, o exigir que los demás cambien, o divorciarte, o pasar de todo y hacer lo que a ti te apetece, pero hoy no puedo menos que decirte: en esa cruz tuya está la gracia de Dios, está el espíritu de Jesucristo, el mismo espíritu que fortaleció a Jesús de Nazaret para decir: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»”, (Jn. 23,34). Sin exigir: “cámbialos para que los pueda amar”, que es lo que, por lo menos yo, he hecho muchas veces y de ese modo ha ocurrido una cosa, olvidándome, huyendo o negando la cruz he encontrado la amargura, la inquietud, la necesidad de darme gusto, de vivir en el alarde; y al contrario, cuando he abrazado mi cruz, a mi esposa, como es, sin pretender cambiarla en nada, he visto que en esa cruz estaba Jesucristo. Es al mismo Cristo al que abrazas, reconociendo como ciertas las palabras que el Papa Francisco decía en su visita a Egipto: “Quien huye de la cruz, escapa de la Resurrección”.